

## ***Los movimientos revolucionarios de 1847***

**Federico Engels**  
**23 de enero de 1848**

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista (anexos)*, páginas 285-292, formato pdf, [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov](#).

También para las notas. Este artículo de Engels fue publicado el 23 de enero de 1848 en la *Gaceta Alemana de Bruselas*, pocos días antes de estallar en París la revolución de febrero, habiendo sido reimpresso por la *Neue Zeit* en 1911.)

El año 1847 fue el más turbulento que desde hace mucho tiempo hemos conocido. A Prusia le han sido otorgadas una constitución y una Dieta Unida; en Italia se muestra un despertar rápido e insospechado de la conciencia política del pueblo, acompañado de extensos alzamientos en armas contra Austria; en Suiza estalla la guerra civil; en la Gran Bretaña triunfa en las elecciones un parlamento decididamente radical; Francia vive sensacionales acontecimientos y celebra banquetes de homenaje a las reformas. Los Estados Unidos de América celebran su reciente triunfo sobre México. He ahí toda una sucesión de cambios y de movimientos que hacía mucho tiempo que no se experimentaban.

El último viraje de la historia había sido el año 1830. La revolución de julio en Francia y la aprobación de la ley de reformas habían sellado el triunfo de la burguesía, que, en lo concerniente a Inglaterra, era el triunfo de la burguesía industrial, de los fabricantes, sobre la burguesía no industrial, sobre la aristocracia de la tierra. Pronto Bélgica, y hasta cierto punto la propia Suiza, siguieron sus huellas, y la burguesía volvió a registrar un triunfo en estos países. Vinieron luego los alzamientos de Polonia. Italia gemía bajo el talón de Metternich. Alemania acopiaba fuerzas. Todos los países se estaban preparando para una gran batalla.

Luego, sobrevino un retroceso. La revolución polaca fue sofocada, los insurrectos de la Romagna reducidos a la impotencia, el resurgir de Alemania ahogado. La burguesía francesa se adueñó de los republicanos de la propia Francia y traicionó a los liberales de otros países, a quienes había empujado a la acción. En Inglaterra, el ministerio liberal sólo podía dejar pasar el tiempo. Hacia el año 1840, la reacción estaba entronizada en toda Europa. Políticamente hablando, Polonia, Italia y Alemania no existían: el órgano político de Berlín, el *Wochenblatt*, yacía destronado; la constitución demasiado sabia de herr Dahlmann fue derribada en Hannover; los acuerdos de la Conferencia de Viena (1834) se mantenían en pleno vigor. En Suiza habían triunfado los conservadores y los jesuitas. En Bélgica mandaban los católicos. Guizot tenía en sus manos a Francia. Frente al poder arrollador de Peel, el régimen liberal inglés estaba en las últimas y era en vano que los cartistas se esforzasen por reorganizar sus huestes después de la derrota de 1839. Por todas partes triunfaba la reacción; por todas partes se venían a tierra y desaparecían los partidos del progreso. El resultado total de las grandes batallas reñidas en 1830 había sido levantar una barrera contra la que se estrellaban los avances del movimiento histórico.

Y así como el año 1830 había marcado el máximo nivel de la riada revolucionaria de la burguesía, el año 1840 marca el apogeo de la reacción. A partir de ese año puede advertirse ya un espíritu de rebeldía contra el estado de cosas existente. Aunque repelido más de una vez, a la larga, el movimiento iba ganando terreno. En Inglaterra, los cartistas

se reorganizaron y adquirieron más fuerza que nunca, obligando a Peel, no una vez, sino varias, a traicionar a su partido e infligiendo a éste un grave golpe con la abolición de las leyes anticerealistas. Por último, Peel no tuvo más remedio que resignar sus poderes. Los radicales ganaron terreno en Suiza. En Alemania, y especialmente en Prusia, los liberales presionaban, cada vez más enérgicamente, con sus reivindicaciones. Los liberales salieron triunfantes en las elecciones belgas de 1847. En este panorama, Francia era una excepción, pues el ministerio reaccionario francés se aseguró una mayoría victoriosa en las elecciones de 1846; Italia no daba señales de vida ante aquel magnífico resurgir, hasta que Pío IX subió al solio pontificio y concedió, en 1846, unas cuantas reformas dudosas.

Tal era la situación al comenzar el año 1847, fecha en que los partidos progresivos pudieron registrar en la palestra política toda una serie de triunfos. Y aun allí donde hubieron de sufrir derrotas, éstas eran, probablemente, en aquellas circunstancias, más ventajosas de lo que un triunfo inmediato hubiera sido.

Nada decisivo se llevó a término durante el año 1847, pero durante estos doce meses los partidos se enfrentaron en todas partes, clara y reciamente, deslindados los unos de los otros; no se había resuelto ningún problema, pero todos quedaban planteados en términos que hacían posible su solución.

De todos los cambios y acontecimientos ocurridos durante el año 1847, los más importantes fueron los de Prusia, Italia y Suiza.

Federico Guillermo IV se había visto, por último, obligado a otorgar una constitución a los prusianos. Aquel estéril Don Quijote de Sans-Souci, después de muchos trabajos y muchas quejas, veíase libre de una forma de gobierno que pretendía sancionar por toda una eternidad el triunfo de la reacción feudalista, patriarcal, absolutista, burocrática y clerical. Pero no había sabido calcular bien. La burguesía era ya, por entonces, lo bastante fuerte para aprovecharse de la nueva constitución y esgrimirla como un arma contra el rey y contra todas las clases reaccionarias de la sociedad. En Prusia, como en otros países, la burguesía se embarcó en la política de negar al gobierno subsidios. El rey estaba desesperado. En los primeros días de ejecución de esta política, puede decirse, sin exageración, que Prusia carecía de rey. El país vivía entre las mallas de la revolución, sin que nadie se diese cuenta de este hecho. Por un golpe de fortuna vinieron de Rusia quince millones, y Federico Guillermo volvió a ser rey. La burguesía empezó a alarmarse y las nubes de la tormenta revolucionaria se desvanecieron. Por el momento, la burguesía prusiana salía derrotada. Pero había dado un gran paso al frente, había creado un foro desde el que podía ser oída, había dado a conocer al rey su creciente poder y había colocado al país en un estado de gran efervescencia. La cuestión que está a la orden del día en Prusia es ésta: ¿quién ha de gobernar? ¿Una alianza de aristócratas, burócratas y sacerdotes, con el rey a la cabeza, o la burguesía? No tiene más remedio que recaer una decisión en cualquiera de los dos sentidos. En la Dieta Unida hubiera sido posible llegar a una transacción entre las dos partes. Hoy, esta transacción es ya imposible. En adelante será una lucha a vida o muerte la que se riña entre los dos adversarios. Para complicar todavía más la cosa, las comisiones (esta desdichada invención de los fabricantes de la Constitución de Berlín) están ahora reunidas. Estos manejos complicarán hasta tal punto la situación legal, ya de suyo hartamente complicada, que nadie en lo sucesivo será capaz de encontrar una salida al atolladero. Lo enredarán todo, formando un nudo gordiano que sólo la espada podrá cortar. Lo dejarán todo preparado para que la revolución burguesa estalle en Prusia.

Podemos, pues, esperar con la mayor calma el advenimiento de esta revolución prusiana. La Dieta Unida habrá de ser convocada en 1848, quiéralo el rey o no. Hasta que ese día amanezca ofreceremos a S.M. un armisticio, pero ni un minuto más. Ese día, su

etro y su corona “inmaculada”<sup>1</sup> tendrán que dejar paso a la burguesía cristiana y judía de su reino.

Pese a su repliegue temporal, la burguesía prusiana hizo durante el año 1847 grandes progresos en la esfera de la política. Los burgueses, grandes y pequeños, de los otros estados prusianos advirtieron estos progresos realizados en Prusia, hacia los que mostraban su más cálida simpatía, conscientes de que el triunfo de sus hermanos de Prusia aceleraría el suyo propio.

En cuanto a Italia, nos encontramos con un espectáculo sorprendente. ¡En Italia vemos al hombre a quien se reconoce como lo más reaccionario de toda Europa, a quien se tiene por el representante petrificado de la Edad Media, al Papa, en una palabra, poniéndose a la cabeza de un movimiento nacional! El movimiento subió al poder de la noche a la mañana, arrojando de la Toscana al archiduque austríaco y con él al traidor Carlos Alberto de Cerdeña, derribando el trono de Nápoles y extendiéndose en poderosas oleadas por todo el país a través de la Lombardía hasta las faldas de los Alpes estirios y tirolese.

Al presente, el movimiento italiano semeja al que se adueñó de Prusia durante los años 1807 a 1812. Como en la Prusia de aquellos días, el pleito gira en torno a dos aspiraciones: la independencia frente al opresor extranjero y una serie de reformas en el interior. Por el momento, no se plantea el problema de una constitución; los italianos limitan sus reivindicaciones a reformas de carácter administrativo y quieren evitar todo conflicto serio con el gobierno, para mostrar un frente lo más unido posible al invasor. ¿De qué género son las reformas reclamadas? ¿En beneficio de quién redundarán? Redundarán, ante todo, en beneficio de la burguesía. Se trata de dar facilidades a la prensa, de organizar la burocracia del modo que mejor sirva a los intereses de la burguesía (véanse las reformas de Cerdeña, la consulta romana y la reorganización de los ministerios), de asegurar a la burguesía poderes amplios en punto a la administración municipal, de restringir los privilegios arbitrarios de la nobleza y la burocracia, de armar a la burguesía, formando con ella una especie de milicias civiles. Hasta aquí, todas las reformas implantadas han favorecido los intereses burgueses. Y no podía, en verdad, ser de otro modo.

No tenemos más que comparar estas reformas actuales de Italia con las implantadas en Prusia, durante la era napoleónica, para convencernos de ello. Son las mismas reformas, sólo que un poco más avanzadas, ya que subordinan la administración a los intereses de la burguesía, abaten los poderes arbitrarios de la nobleza y la burocracia, crean un sistema de autonomía municipal, organizan las milicias y suprimen las prestaciones. Como entonces en Prusia, la burguesía italiana de hoy es la clase de la que depende la emancipación del yugo extranjero. La burguesía ha conquistado su posición gracias al incremento de su riqueza como clase y gracias sobre todo al papel importantísimo que la industria y el comercio desempeñan en la vida colectiva del pueblo italiano.

En Italia vemos que al presente el movimiento ostenta un carácter perfectamente burgués. Todas las clases, llenas actualmente de un celo reformador, desde la aristocracia y la nobleza hasta los músicos callejeros y los mendigos, no son por el momento más que clases burguesas, y ni el propio Papa es más que el primer burgués de la nación. Pero el día en que el yugo austríaco haya sido definitivamente sacudido, todas estas clases sufrirán una gran desilusión. Limpio el país de enemigos extranjeros y arrollado el invasor por la burguesía, comenzará la separación de los corderos y los lobos, y entonces la

---

<sup>1</sup> Al abrir las sesiones de la Dieta Unida, Federico Guillermo IV había dicho en su Mensaje de la Corona: “Como heredero de una corona inmaculada, que debo y quiero preservar inmaculada para quienes hayan de ceñirla después que yo...”

aristocracia y la nobleza volverán los ojos a Austria pidiendo ayuda. Pero será demasiado tarde. Los obreros de Milán, de Florencia y de Nápoles llevarán a término la obra que ahora no hace más que iniciarse.

Fijémonos, por último, en Suiza. Por primera vez en el curso de su historia este país desempeña un papel claro en el sistema de los estados europeos; por primera vez se aventura a tomar una actitud decisiva y a entrar en la palestra como una república federal y no como una aglomeración de veintidós cantones antagónicos, que es lo que hasta aquí era. En una palabra, Suiza es hoy un estado centralizado. Y esta centralización, que tiene ya una existencia práctica concreta, será indudablemente sancionada por la reforma de la constitución federal, sujeta actualmente a revisión.

¿Quién, preguntamos nosotros, saldrá ganando de la guerra cuando ésta estalle, de la reforma federal, de la reorganización de los cantones separatistas?<sup>2</sup> La burguesía y los campesinos, indudablemente: el partido triunfante, el partido de los liberales y los radicales que había subido al poder, desde 1830 a 1834, en diversos cantones. El patriciado, antes árbitro de los destinos en las que fueran villas imperiales, se vio completamente desplazado durante la revolución de julio. En Berna y en Ginebra, los patricios se instauraron nuevamente por sí mismos, pero fueron arrojados una vez más de sus reductos por la revolución de 1846. En las ciudades (como, por ejemplo, en la de Basilea) donde el patriciado seguía disfrutando tranquilamente del poder, el año 1846 vino a sacudir la dominación patricia hasta en sus cimientos. La aristocracia feudal no ha llegado a desarrollarse considerablemente en su lucha; allí donde logró echar raíces, su principal fuerza estaba en la alianza con los pastores de las montañas. Estos montañeses eran el último enemigo que le quedaba por conquistar a la burguesía, y demostraron ser el más obstinado y rabioso de todos. Eran la sangre y el tuétano de los elementos reaccionarios albergados en los cantones liberales. Ayudados por los jesuitas y los pietistas (sirva de ejemplo el movimiento del cantón de Vaud), tendieron sobre toda Suiza una red de conspiraciones reaccionarias, frustrando todos los planes sometidos a la Asamblea Federal por la burguesía e impidiendo la derrota definitiva del patriciado en las antiguas ciudades imperiales.

Hasta 1846 no consiguió la burguesía suiza reducir a la impotencia a su último enemigo.

Apenas había un solo cantón en que la burguesía suiza no gozase de la más completa libertad en punto al comercio y la industria. Allí donde existían todavía gremios, apenas entorpecían el desarrollo burgués. Los impuestos de las ciudades habían sido prácticamente abolidos. Dondequiera que la burguesía se desarrollaba, formando una clase específica, tomaba posesión del poder; pero, aunque en ciertos cantones había hecho grandes progresos y encontrado firme apoyo le faltaba todavía la columna fundamental del poder: la centralización. Dondequiera que el feudalismo, el patriarcalismo, había florecido en el suelo de provincias separadas y ciudades independientes, la burguesía necesitaba para su desarrollo un campo de operaciones lo más ancho posible: necesitaba, en vez de veintidós cantones, una Suiza una e indivisa. La soberanía cantonal, acomodada a las condiciones de la vieja Suiza, se interponía ante la marcha de la burguesía. Esta necesitaba un poder centralizado, lo bastante fuerte para imponer sus derroteros especiales a todos y cada uno de los cantones, y para acabar, mediante el peso de su influencia, con las diferencias reinantes en la constitución y en las leyes del país. Era necesario extirpar los vestigios de la antigua legislación feudal, patriarcal y parroquial de los burgos, y dar a los intereses de la burguesía suiza vigorosa expresión en la vida interna del país.

---

<sup>2</sup> Los cantones que formaban la Sonderbund (Liga Separatista).

La burguesía ha conquistado por sí misma este poder centralizado.

¿Pero es que los campesinos no contribuyeron también al triunfo sobre la Liga separatista? ¡Ya lo creo que contribuyeron! Y los campesinos desempeñarán, respecto a la burguesía, el mismo papel que en el pasado desempeñó durante tanto tiempo la pequeña burguesía. Los aldeanos serán explotados ahora por la burguesía, reñirán las batallas de ésta, sus manos tejerán el lienzo y harán las cintas que la burguesía venderá, y sus hijos irán a llenar, como reclutas, las filas del ejército proletario. ¿Y qué otra cosa podían hacer? Son propietarios, al igual que los burgueses, y, por el momento, sus intereses coinciden casi en un todo con los de la burguesía. Las medidas políticas que tienen fuerza bastante para imponer son casi más ventajosas para la burguesía que para los propios campesinos. Pero son débiles, pese a su fuerza, si se les compara con la burguesía, puesto que ésta es rica y tiene el mando de la industria, que es la más firme columna del poder político en el siglo XIX. Uniéndose a la burguesía, los campesinos pueden hacer mucho; alzándose contra ella no podrían hacer nada.

Llegará, indudablemente, el día en que el campesino, desahuciado de su terruño nativo y empobrecido, se una al proletariado, a quien su evolución llevará a ponerse a la cabeza de la clase campesina. Ese día, unidos el campesino y el proletario, declararán la guerra a la burguesía. Pero aquí no son las eventualidades del futuro las que nos interesan, sino los movimientos del presente.

La expulsión de los jesuitas y sus consortes, enemigos del régimen burgués; la secularización de la enseñanza en las escuelas, reemplazando a la educación religiosa tradicional; la expropiación por el estado de la mayor parte de las tierras de la Iglesia, todos estos cambios han favorecido más que a nadie a la burguesía.

La nota común a los tres movimientos más notables del año 1847 es que todos ellos han servido a los intereses de la burguesía. En todas partes era el papel de la burguesía el papel del progreso.

Otra característica de los sucesos de 1847 es que aquellos países que no habían participado en la rebelión de 1830 fueron precisamente los que ahora dieron un paso más firme al frente, para ponerse de este modo al nivel conquistado en 1830 por las demás naciones, coronando así, dentro de sus fronteras, el triunfo de la burguesía.

Vemos, pues, que el año 1847 registra una serie de brillantes triunfos de la clase burguesa en conjunto.

Volvamos ahora la vista a otra parte.

En Inglaterra se ha reunido un nuevo parlamento, un parlamento que, según las palabras de John Bright, el cuáquero, es la asamblea más burguesa que jamás se ha congregado. Y conste que John Bright es autoridad de mayor excepción en esta materia, pues no en vano es el burgués más típico y representativo de toda la Gran Bretaña. Pero John Bright no es del mismo calibre que los estadistas burgueses que gobiernan en Francia o de los que en Prusia esgrimieron tan valientes palabras contra Federico Guillermo IV. Cuando John Bright habla de burgueses quiere decir fabricantes. Desde 1688 han venido desfilando por el gobierno de Inglaterra varios sectores de la burguesía. Pero para mejor facilitar el proceso de la conquista del poder, la clase burguesa ha permitido a los aristócratas, sus deudores, que siguiesen rigiendo nominalmente la máquina gubernamental. Allí donde, en realidad, la batalla se riñe entre los varios sectores de la burguesía, entre los intereses de los industriales y los intereses de los terratenientes, los industriales se las arreglan para hacer que esa batalla parezca como si se riñese entre la aristocracia y la burguesía o, si necesario es, entre la aristocracia y el pueblo. Los fabricantes no salen ganando nada con mantener esa apariencia de gobiernos aristocráticos; pues los lores, los barones y los esquires no conceden a los industriales ni un céntimo. En cambio, tienen mucho que ganar destruyendo el poder engañoso de la

aristocracia, ya que, al disiparse esa sombra, los intereses de los terratenientes se verán privados de su agarradero. El actual parlamento de burgueses o fabricantes procurará que ese gobierno mentiroso sea abolido y transformará la Inglaterra tradicionalista y feudal en un país más o menos moderno, organizado para servir a los intereses modernos de la burguesía. Pondrá la constitución inglesa a tono con las de Francia y Bélgica y coronará el triunfo de la burguesía inglesa industrial. Otro avance más sobre el frente burgués, porque cada avance de la burguesía afirma en fuerza y en extensión el régimen burgués.

A primera vista diríase que Francia es una excepción en este movimiento de avance de la clase burguesa. Los dominios que en 1830 cayeron en manos de la gran burguesía, como solar colectivo de ésta, fueron experimentando menoscabos de año en año, hasta quedar confinados a los sectores más ricos de la gran burguesía, a los ricos inactivos y a los especuladores de la bolsa. Estos últimos redujeron a merced suya a los primeros.

La parte de la burguesía que ha podido hacer frente a esta invasión, un sector de fabricantes y navieros, disminuye rápidamente. Hoy, esta minoría ha hecho causa común con la pequeña burguesía y la clase media en la campaña por la reforma electoral, y la alianza es aclamada en los llamados banquetes reformistas. Estos elementos desesperan de llegar al poder mientras se mantenga en vigor el actual sistema electoral. Tras largas vacilaciones se han decidido a prometer una parte del poder político a los sectores de la burguesía que les siguen en importancia, a los ideólogos (los más inocuos de los mortales), abogados, médicos, etc. Claro está que el día en que estas promesas hayan de convertirse en realidad está todavía muy lejano.

Vemos, pues, que en Francia se está librando una batalla ventilada ya desde hace tiempo en Inglaterra. Pero como ocurre siempre en Francia, los acontecimientos presentan aquí un carácter revolucionario más definido que en ninguna otra parte. Esta división de la burguesía en dos campos distintos y hostiles señala también un avance de la clase burguesa.

En Bélgica, la burguesía ha registrado un triunfo decisivo en las elecciones de 1847. El ministerio católico hubo de resignar los poderes, cediendo el gobierno a la burguesía liberal.

Hemos presenciado también, con la debida satisfacción, la derrota de México por los Estados Unidos. También esto representa un avance, pues cuando un país embrollado hasta allí en sus propios negocios, perpetuamente desgarrado por guerras civiles y sin salida alguna para su desarrollo, un país cuya perspectiva mejor habría sido la sumisión industrial a Inglaterra; cuando este país se ve arrastrado forzosamente al progreso histórico, no tenemos más remedio que considerarlo como un paso dado hacia adelante. En interés de su propio desarrollo convenía que México cayese bajo la tutela de los Estados Unidos.

La evolución de todo el continente americano no saldrá perdiendo nada con que éstos, tomando posesión de California, se pongan al frente del Pacífico. Y volvemos a preguntar: ¿Quién saldrá ganando con esta guerra? La respuesta es siempre la misma: la burguesía y sólo la burguesía. Los Estados Unidos han adquirido las nuevas regiones de California y Nuevo México para la creación de nuevo capital. Esto significa que en esos países surgirá una nueva burguesía y que la vieja verá aumentar sus caudales. Todo el capital creado hoy día fluye a las arcas burguesas. Y en cuanto al corte transversal que se proyecta en la península de Tehuantepec, ¿quién saldrá ganando con eso? ¿Quién puede seguir ganando sino los magnates navieros de los Estados Unidos? ¿Quién puede salir ganando con el mando sobre el Pacífico sino esos magnates navieros? ¿Quién atenderá a las necesidades de los nuevos clientes conquistados allí para los productos industriales, de la nueva clientela que se formará en los nuevos territorios anexionados?

¿Quién sino los fabricantes de los Estados Unidos?

También aquí vemos, pues, que la burguesía ha hecho grandes progresos. Y, sin embargo, los representantes de esa misma burguesía se disponen a protestar contra la guerra. ¿Por qué? Porque temen que el avance pueda costarles, en varios respectos, demasiado caro.

Hasta en los países casi bárbaros vemos avanzar a la burguesía.

En Rusia, la industria se está desarrollando a pasos agigantados y llega incluso a convertir a los boyardos en burgueses. La servidumbre va perdiendo rigor, lo mismo en Rusia que en Polonia. La burguesía se irá fortificando a expensas de los nobles y surgirá una clase de campesinos libres, que es precisamente lo que la burguesía necesita. Los judíos son perseguidos en interés del burgués cristiano, cuyo negocio se ve menoscabado por los buhoneros semitas. Los magnates feudales húngaros se están convirtiendo en trigueros, mercaderes de lana y tratantes en ganado. Ahora entran en la dieta con el carácter de burgueses. ¿Y qué decir de todos esos gloriosos progresos de la “civilización” en países como Turquía, Egipto, Túnez, Persia y otras naciones bárbaras? Esos progresos no son más que otros tantos preparativos para el advenimiento de la futura burguesía. La palabra del profeta se está cumpliendo: “¡Preparad el camino para el Señor..., levantad vuestras cabezas, oh puertas, y abríos de par en par, y que el rey de la gloria tenga paso franco!” ¿Quién es el rey de la gloria? El burgués.

Adondequiera que volvamos los ojos vemos al burgués haciendo progresos gigantescos. Le vemos con la cabeza erguida y lanzando el guante a sus enemigos. Espera un triunfo definitivo, y sus esperanzas no saldrán fallidas. Se propone organizar el mundo entero ajustándose a las ideas burguesas, y en una parte considerable de la superficie del planeta su propósito será realizado.

Todo el mundo sabe que nosotros no sentimos ningún amor por la burguesía, pero no negamos sus triunfos. Devolvemos las altivas miradas que el burgués (especialmente en Alemania) se digna lanzar sobre la banda despreciable de demócratas y comunistas. Pero no tenemos nada que oponer a la resolución burguesa de extender sus métodos por todo el orbe. Más todavía. No podemos reprimir una sonrisa irónica cuando vemos la terrible seriedad, el patético entusiasmo con que la burguesía labora. Cree real y verdaderamente que está laborando para sí misma. Es tan miope, que se imagina que su triunfo imprimirá al mundo su configuración definitiva. No ve que sus esfuerzos no hacen más que allanarnos el camino a nosotros, los demócratas y comunistas; que sólo podrán gozarse unos cuantos años en los frutos de su victoria y que luego serán arrollados. La burguesía lleva por todas partes el proletariado pegado a sus talones; en Italia y en Suiza, participando en sus batallas y compartiendo también, en parte, sus ilusiones; en Francia y en Alemania, silencioso y retraído, pero laborando inequívocamente por la caída de la burguesía; en Inglaterra y en los Estados Unidos, en abierta rebelión contra el gobierno de la clase burguesa.

Pero aún podemos hacer más. Podemos poner todas nuestras cartas boca arriba y decir sin cortapisas a la burguesía lo que bulle en nuestras cabezas. Podemos decirle sin miedo, para que lo sepa de antemano, que está laborando para nosotros, pues la burguesía, quiéralo o no, no puede dejar de luchar contra la monarquía absoluta, la nobleza y el clero. No tiene más remedio que conquistar o echarse a morir.

En Alemania no pasarán muchos días antes de que apele en nuestra ayuda.

¡Continuad batallando valientemente y sin descanso, adorables señores del capital! Todavía tenemos necesidad de vosotros; todavía os necesitamos aquí y allá como gobernantes. Vuestra misión es borrar a vuestro paso los vestigios de la Edad Media y de la monarquía absoluta; aniquilar el patriarcalismo, centralizar la administración; convertir las clases más o menos poseedoras en verdaderos proletarios, en reclutas para vuestras

filas; crear, con vuestras fábricas, vuestras relaciones y vuestros mercados comerciales, los medios materiales de que el proletariado necesita para la conquista de su libertad. En pago de todo esto os permitiremos seguir gobernando una temporada. Dictad vuestras leyes, brillad en el trono de la majestad creada por vosotros mismos, celebrad vuestros banquetes en los salones de los reyes y tomad por esposa a la hermosa princesa, pero no olvidéis que

“a la puerta os espera el verdugo...”

Edicions Internacionals Sedov  
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)